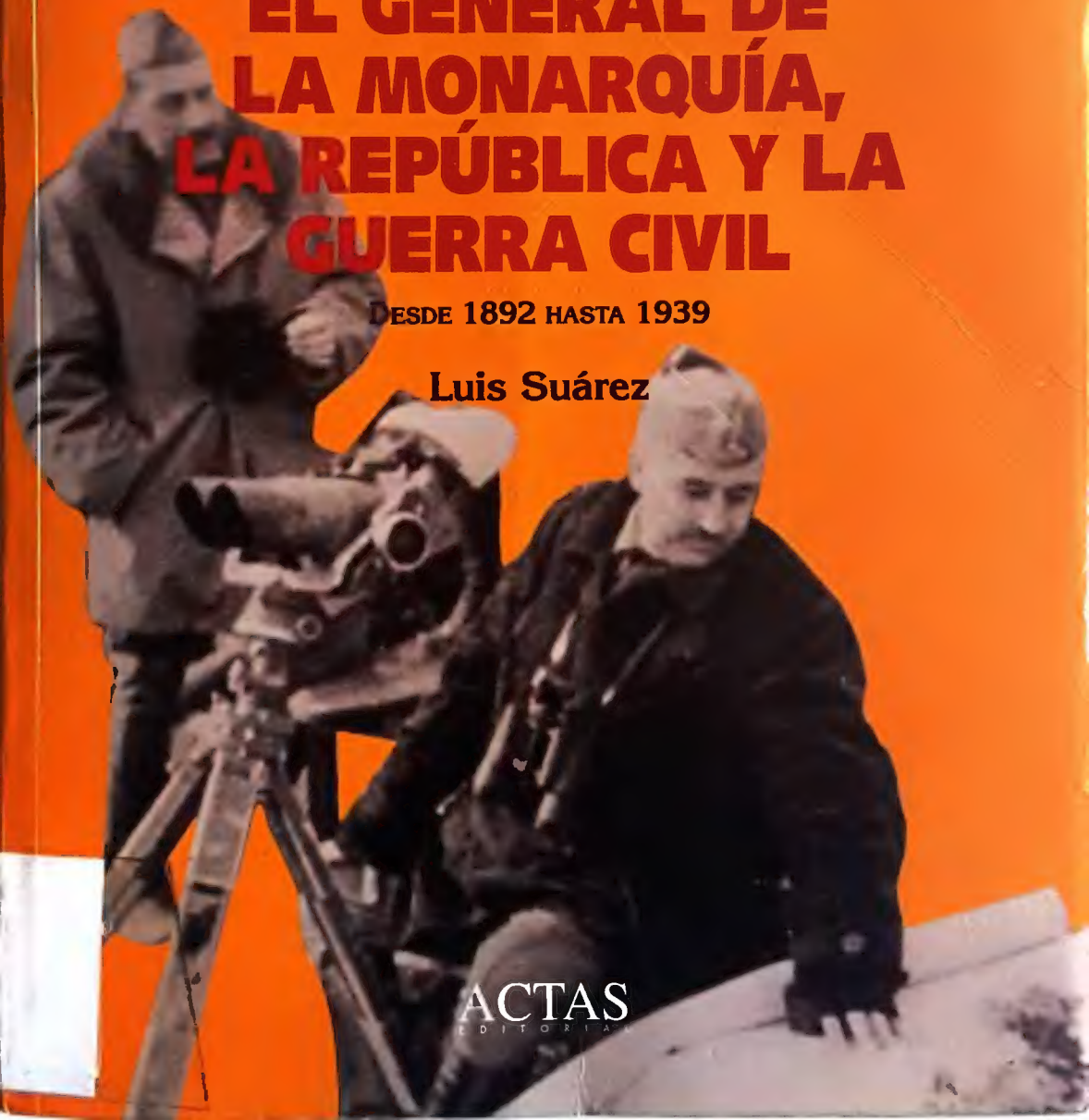
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

CAPÍTULO 14

DE CANARIAS A MARRUECOS: EL VUELO DEL DRAGÓN.

I. LA CARTA A CASARES QUIROGA.

1. La situación interior en España, incluyendo de manera especial el orden público, empeoró rápidamente en la primavera de 1936, pero ningún dato tenemos que nos permita descubrir cuál fue el momento en que Franco decidió que no había otro recurso que el alzamiento militar: seguramente se trata de un proceso gradual lentísimo; a pesar del llamamiento que hiciera Indalecio Prieto el 1 de mayo en Cuenca para pedir que se gritase ¡Viva España!, sus correligionarios mostraban una inclinación cada vez mayor a corear el ¡Viva Rusia! presentando a Stalin como el gran ejemplo a imitar; era éste uno de los motivos de alarma entre las personas de derechas. Esa presencia propagandística justificaba los argumentos del lado contrario, que estaba en marcha ya un proyecto de revolución comunista; a esto Franco, que tenía en su poder los documentos e informes de la Entente Internacional se mostraba especialmente sensible. Sin embargo cuando se produjo la «implosión política» que liquidó la República entre el 17 y el 21 de julio de 1936 se hizo evidente que la verdadera fuerza revolucionaria estaba constituida por los anarcosindicalistas, y nunca la URSS, aunque hizo grandes esfuerzos para conseguirlo, pudo controlar la situación.[1]

Parece necesario, para evitar errores que a veces se cometen, deslindar en Franco dos líneas paralelas de actuación: una que es firme en cuanto a la adhesión al movimiento que se preparaba –nunca dudó de que había que tomar las armas antes que consentir en la revolución– y otra que resulta mucho más matizada en relación con el momento y el modo en que debía hacerse. La carta a Casares Quiroga, el 23 de junio, parece indicar un punto de confluencia entre ambas líneas y también de decisión irreversible. Veamos cómo se produjo.

El 11 de mayo de 1936 el grueso de la Flota de guerra española que estaba realizando maniobras a las órdenes del almirante Salas, fondeó en Santa Cruz de Tenerife.[2] Franco rompió el aislamiento que hasta entonces se impusiera y participó en los actos ofrecidos a la oficialidad: circularon anécdotas acerca de su conducta que son probablemente falsas pero que indican lo que ya se esperaba de él. Sin duda la visita

resultó conflictiva en opinión del Gobierno puesto que la segunda parte de las maniobras fue suspendida.[3] Mola contaba con las fuerzas estacionadas en Marruecos como núcleo principal para todas las operaciones, pero aquí, al producirse el ascenso de García Escámez, la dirección de la conjura pasó a Yagüe, que no tenía grado ni ascendiente humano que bastaran: ese ejército cobraría su verdadero valor si lo mandaba Franco. El 6 de junio Yagüe, llamado a Madrid, se entrevistó con el subsecretario de Guerra y, al parecer, también con el ministro: recibió algunas advertencias pero no le privaron del mando; fue en torno a estas fechas cuando llegaron a oídos de Franco ciertas «noticias de la Dirección General de Seguridad sobre asesinato de oficiales».[4] El 30 de mayo, mientras el comandante Bartolomé Barba estaba en Canarias llevando a Franco la oferta de Goded, que hemos mencionado, de reconocerle como jefe del alzamiento, se hacía público un documento atribuido al Partido Comunista en que se preconizaba la inmediata liquidación de ciertas personas, militares y civiles, en el caso de que llegara a producirse una situación de guerra.[5]

2. Al llegar el mes de junio de 1936 los dos bandos eventualmente enfrentados habían renunciado a las formas legales y ya no confiaban en otra cosa que una maniobra política o un golpe de fuerza, que permitiera el establecimiento de una dictadura. El testimonio de Sánchez Albornoz es indiscutible.[6] Mola y Franco compartían el convencimiento de que la operación en que se hallaban implicados iba a ser muy dura y que si fracasaban no podían esperar clemencia del adversario: ambos se preocuparon de poner a sus familias a salvo fuera de España. Desde el 11 de junio Mola estaba discutiendo con Alfredo Kindelán los medios que podían utilizarse para llevar de Canarias a Marruecos al antiguo jefe de la Legión: no se podía pensar en un barco ni en un avión militar, de modo que se encargó a Jorge Vigón y a los círculos monárquicos que tenían contactos en el extranjero contratar los servicios de un avión civil. El 17 de junio, con ocasión de las maniobras de primavera, los jefes y oficiales, y muchos de los suboficiales de guarnición en Canarias, ofrecieron a Franco, que era su jefe supremo, un banquete de homenaje, casi una muestra de desagravio por los insultos y acusaciones que se inferían por entonces a su persona. Estaba siendo solicitado.[7] Dos días más tarde le fue entregada una carta de Serrano Suñer y un mensaje verbal de Antonio Goicoechea que le inducían a la decisión.[8]

Sin duda estos mensajes se hallaban relacionados con la borrascosa sesión de las Cortes que ocupaba la primera página de los periódicos en la mañana del 17 de junio, en la que se cruzaron insultos y amenazas.[9] José María Gil Robles esgrimió ante los ministros una estadística de actos de violencia verdaderamente aterradora: entre el 16 de febrero y el 15 de junio de 1936 160 iglesias habian sido quemadas y 251 dañadas, 269 personas murieron asesinadas y 1.287 resultaron heridas, 215 sufrieron agresiones y a esto había que sumar 138 atracos y 341 huelgas, sumando las generales a las parciales. Diez periódicos de la derecha habían sido suspendidos por el Gobierno y ninguno de la izquierda.[10] El jefe de la CEDA acusaba al Gobierno de incapacidad y negligencia, pero Calvo Sotelo se mostró más contundente al afirmar que la política de Casares Quiroga conducía a España al caos y a la revolución. Es cierto, también, y ningún historiador puede pasar por alto este dato que los dos políticos de la derecha, uno de los cuales era cabeza de la oposición en la Cámara, fueron amenazados de muerte violenta. Dolores Ibarruri, que también asistiera a

la reunión de la Komintern, señalando a Calvo Sotelo con el índice, le dijo que «usted ha hablado por última vez».[11] Es posible que se tratara de un exceso verbal, como tantos que por aquel entonces se producían; pero el hecho de que Calvo Sotelo fuera asesinado por guardias que obedecían órdenes de comunistas, dio a las palabras un sentido trágico.

Muchos debieron preguntarse, por aquellos días, qué medios quedaban para salvar a la República de sus continuados traspiés. Miguel Maura envió a *El Sol*, periódico de Ortega, un artículo que se publicó el 16 de junio, abogando por el establecimiento de una dictadura ya que ésta, desde los viejos tiempos de Roma, era el medio de enfrentarse a cualquier situación de emergencia. No es difícil establecer una relación entre esta tesis y la de José Giral: era algo de que se hablaba en ambientes republicanos de izquierda, y no de la extrema ya que para ésta la dictadura de partido no coyuntural sino definitiva era parte de su programa. Dictadura para salvar a la República, pero ¿de quién? En aquellos momentos Mola estaba defendiendo con ahínco sus directrices del 5 de junio, en donde se fijaba el mantenimiento de la República como objetivo prioritario: Franco se atribuiría a sí mismo, tiempo después –en un texto que hemos incluido en páginas anteriores– el cambio de actitud para que fuese «exclusivamente por España, sin matiz determinado». Ni Mola, ni Queipo, ni Cabanellas, ni López Ochoa ni Goded, podían ser tachados de antirrepublicanismo.

El historiador debe anotar, singularmente, un hecho: la idea de la dictadura no se presentaba en 1936 con los tintes negativos que se impondrían después, sino como solución de emergencia para problemas que sólo consentían ya operación quirúrgica. La diferencia estaba tan sólo en el color que debería darse a la operación. Muchos debieron interesarse por la actitud que finalmente observaría Franco. Disponemos ahora de un testimonio escrito aunque todavía inédito, el de Elena Medina Lafuente, que actuó como correo personal de Mola y fue testigo esencial de los contactos mantenidos entre junio y julio. Elena trabajaba en *El Debate* a las órdenes directas de Francisco Herrera Oria y comenzó a participar en los trabajos de la conspiración llevando mensajes de su jefe a Alfredo Kindelán, que vivía en el número 26 de la calle del marqués de Urquijo: así supo que Herrera había llevado a Pamplona el medio millón de pesetas de la CEDA y que Mola se resistía a aceptarlo. La alarma de los conspiradores subió de punto cuando conocieron que Yagüe había sido llamado por el ministro y que, en la entrevista del 6 de junio antes reseñada, se había deslizado el propósito de premiar al coronel trasladándolo a Madrid a un puesto de mayor responsabilidad.[12] Fue entonces cuando Herrera y Mola descubrieron a la señorita Medina toda la trama –ella iba a ser encargada de llevar los mensajes cosidos en un cinturón– pues era conveniente que supiera que se estaba negociando con March el pago del avión que debía llevar a Franco a Marruecos. En la instrucción del 24 de junio Mola anunció que las tropas de Marruecos permanecerían a las órdenes de Yagüe «hasta la incorporación de un prestigioso general».

Esta instrucción fue llevada por Francisco Herrera, en un azaroso viaje en que participó Elena Medina, hasta Ceuta, en donde estaba Yagüe. En sus conversaciones con éste, los días 27 y 28 de junio, Herrera tuvo la sensación de que aceptaría colocarse a las órdenes de Franco pero no de ningún otro general. Se complicaba el asunto: hacía falta un avión con suficiente autonomía de vuelo y no abundaban los modelos en este tiempo[13] que reuniesen tales características.

3. El 23 de junio de 1936, en un gesto que veremos repetirse en contadas ocasiones, la más importante en víspera de su muerte, Franco se encerró en su despacho de Capitanía y, sin consultar a nadie, escribio una larga carta a Casares Quiroga. El procedimiento era correcto puesto que el presidente del Gobierno era, al mismo tiempo, ministro de la Guerra y un jefe con mando divisionario podía dirigirse a él directamente.[14] Cada párrafo de esta carta da la impresión de estar cuidadosamente meditado y hasta redactado varias veces. Su lectura, ordenada, resulta imprescindible. Franco procedía como militar y presentaba al ministro, casi una alternativa: la República aún podía optar, como en octubre de 1934, entre la revolución que ofrecía el Frente Popular o el restablecimiento del orden con ayuda del Ejército; no podía esperar, moralmente, que los jefes y oficiales la obedecieran si propiciaba la revolución. Textualmente decía Franco:

- Es tan grave el estado de inquietud que, en el ánimo de la oficialidad, parecen producir las últimas medidas militares, que contraería una grave responsabilidad y faltaría a la lealtad debida si no le hiciese presente mis impresiones sobre el momento castrense y los peligros que para la disciplina del Ejército tiene la falta de interior satisfacción y el estado de inquietud moral y material que se percibe, sin palmaria exteriorización, en los cuerpos de oficiales y suboficiales.
- Las recientes disposiciones, que reintegran al Ejército a los jefes y oficiales sentenciados en Cataluña, y la más moderna de destinos, antes de antigüedad y hoy dejados al arbitrio ministerial, que desde el movimiento militar de 1917 no se había alterado, así como los recientes relevos, han despertado la inquietud de la gran mayoría del Ejército.
- Las noticias de los incidentes de Alcalá de Henares, con sus antecedentes de provocaciones y agresiones por parte de elementos extremistas, concatenados con el cambio de guarniciones, que produce, sin duda, un sentimiento de disgusto, desgraciada y torpemente exteriorizado en momentos de ofuscación, que interpretado en forma de delito colectivo tuvo gravísimas consecuencias para los jefes y oficiales que en tales hechos participaron, ocasionando dolor y sentimiento a toda la colectividad militar; todo esto, excelentísimo señor, pone aparentemente de manifiesto la información deficiente que acaso en este aspecto debe llegar a V.E., o el desconocimiento que los elementos colaboradores militares pueden tener de los problemas íntimos y morales de la colectividad militar.
- No desearía que esta carta pudiera menoscabar el buen nombre que poseen quienes en el orden militar le informan o aconsejan, que pueden pecar por ignorancia; pero sí me permito asegurar, con la responsabilidad de mi empleo y la seriedad de mi historia, que las disposiciones publicadas permiten apreciar que los informes que las motivaron se apartan de la realidad y son algunas veces contrarias a los intereses patrios presentando al Ejército bajo vuestra vista con unas características y vicios alejados de la realidad.
- Han sido recientemente apartados de sus mandos y destinos jefes en su mayoría de historial brillante y de elevado concepto en el Ejército, otorgándose sus puestos así como aquellos de más distinción y confianza a quienes,

en general, están calificados por el noventa por ciento de sus compañeros como más pobres en virtudes.

- No se sienten ni son más leales a las instituciones los que se acercan a adularlas y a cobrar la cuenta de serviles colaboraciones, pues los mismos se destacaron en los años pasados, con Dictadura y Monarquía. Faltan a la verdad quienes le presentan al Ejército como desafecto a la República; le engañan quienes simulan complots a la medida de sus turbias pasiones; prestan un desdichado servicio a la Patria quienes disfrazan la inquietud, dignidad y patriotismo de la oficialidad, haciéndolas aparecer como símbolos de conspiración y desafecto.
- De la falta de ecuanimidad y justicia de los poderes públicos en la administración del Ejército en el año 1917 surgieron las Juntas Militares de Defensa. Hoy pudiera decirse virtualmente, en un plano anímico, que las Juntas Militares están hechas. Los escritos que clandestinamente aparecen con las iniciales UME y UMRA, son síntomas fehacientes de su existencia y heraldo de futuras luchas civiles si no se acude a evitarlo, cosa que considero fácil con medidas de consideración, ecuanimidad y justicia. Aquel movimiento de indisciplina colectiva de 1917, motivado en gran parte por el favoritismo y arbitrariedad en la cuestión de destinos, fue producido en condiciones semejantes, aunque en peor grado que las que hoy se sienten en los Cuerpos de Ejército.
- No le oculto a V.E. el peligro que encierra este estado de conciencia colectiva en los momentos presentes en que se unen las inquietudes profesionales con aquellas otras de todo buen español ante los graves problemas de la Patria. Apartado muchas millas de la Península, no dejan de llegar hasta aquí noticias, por distintos conductos, que acusan que este estado que aquí se aprecia, existe igualmente, tal vez en mayor grado, en las guarniciones peninsulares e incluso entre todas las fuerzas militares de orden público.
- Conocedor de la disciplina, a cuyo estudio me he dedicado muchos años, puedo asegurarle que es tal el espíritu de justicia que impera en los cuadros militares que cualquier medida de violencia no justificada, produce efectos contraproducentes en la masa general de las colectividades al sentirse a merced de actuaciones anónimas y de calumniosas delaciones.
- Considero un deber hacer llegar a su conocimiento lo que creo una gravedad grande para la disciplina militar, que V.E. puede fácilmente comprobar si personalmente se informa de aquellos generales y jefes de cuerpo que, exentos de pasiones políticas, viven en contacto y se preocupan de los problemas íntimos y del sentir de sus subordinados.[15]

Hasta aquí la carta del general. No debemos olvidar que está dirigida por un gallego a otro y que, por tanto, puede y deber ser leída tratando de entresacar lo que hay de oculto e íntimo en sus formas. Franco recurrirá muchas veces a lo largo de su vida a estos métodos con buen resultado para sus fines. Esto quiere decir que la manifestación de las inquietudes y quejas de un sector del Ejército, que el ministro conocía sobradamente, no era el meollo de la carta sino la preparación de ese párrafo final en que se contiene una sugerencia a Casares Quiroga para que, hablando con

los jefes de mayor responsabilidad, obtuviera de ellos sugerencias acerca de cómo restablecer el orden. Como una hipótesis meramente personal en este caso, se tiene la impresión de que el reagrupamiento de los generales, no sólo de los fieles a los partidos en el poder, en torno a un Gobierno que seguía ostentando la legalidad, hubiera evitado la ruptura en que dicha legalidad naufragó a los pocos días.

Franco poseía una preparación militar que no le permitía hacerse ilusiones: no iba a producirse un «pronunciamiento» como tantos otros en el siglo XIX; España se partía en dos y el choque que de tal división se produciría sería largo y sangriento. Casares Quiroga dejó sin respuesta la carta. Es bastante natural. Consideraba a Franco como un enemigo y, tras los tormentosos escarceos con Largo Caballero, había decidido no oponerse a los progresos del socialismo. No cabe duda de que conocía muchas cosas acerca de la conspiración militar pero pensaba que fracasaría tan estrepitosamente como la de 1932; entonces tendría todos los argumentos deseables para proceder a la depuración del Ejército, librándolo de oficiales y jefes de los que desconfiaba.

4. Hemos tratado de seguir, paso a paso, hasta donde nos permiten los datos fidedignos y documentados que poseemos, la evolución de la conducta de Franco, ese largo camino que condujo al antiguo jefe del Estado Mayor, principal de los generales al servicio de la República y pieza esencial en la defensa de ésta frente a la revolución marxista de octubre de 1934, hasta la decisión de participar en un alzamiento militar. Queda claro que no fue él quien tomó la iniciativa, ni quien lo dirigió. Queda claro también que su pensamiento y voluntad coincidían, desde marzo de 1936, enteramente con los de los generales que prepararon el Movimiento: sus vacilaciones fueron pragmáticas. Tampoco tenía opción. Es impensable la hipótesis de que pudiera ponerse al servicio del Frente Popular propiciando la revolución marxista que sobrevenía. Podemos explicar la línea de su pensamiento acudiendo a los discursos y notas que pertenecen a la primera etapa después de la sublevación.

Franco, católico practicante, compartía con los otros católicos españoles la convicción profunda de que la República se estaba mostrando, sectariamente, enemiga de la Iglesia y creía que cuando una parte tan esencial de la Patria como es su fe se siente amenazada y en trance de muerte, le asiste, como a las personas individuales, derecho a la propia defensa. Tras la victoria del Frente Popular todas las disposiciones contrarias a la religión católica habían vuelto a ponerse en movimiento. Recordemos que Azaña había dicho a Gomá que serían las leyes de la República las encargadas de delimitar los derechos de la Iglesia. Los artículos de la Constitución referidos a la libertad de conciencia y a la práctica de los deberes religiosos, ya no se aplicaban salvo del modo que podía ser más desfavorable a los católicos. Ninguno de los actos de violencia cometidos contra los templos fue castigado, ninguna indemnización o reparación ofrecida. Ya no había libertad de prensa sino para los periódicos que comulgaban con la ideas del Gobierno; se recurría constantemente a la censura de modo que algunas veces el *Debate* o el *ABC* aparecían como una suma de páginas negras esmaltadas de anuncios. El peligro para las personas también era muy grave, sin que pueda reducirse a las de un solo bando; pero una media de dos asesinatos políticos diarios, entre febrero y julio de 1936, es realmente muy elevada. Había más víctimas en las filas de la derecha que en las de la izquierda, pero esto no se alega

como disculpa para nadie. Era peligroso asistir a misa y en ciertas ciudades usar corbata. A pesar de la advertencia de Prieto, el grito de ¡Viva España! se estaba convirtiendo en subversivo; no así el de ¡Viva Rusia! Stalin, sobre quien ahora llueven los vituperios, estaba siendo exaltado.

Ricardo de la Cierva, en una de sus primeras obras, intentó reconstruir el pensamiento de Franco tomando frases de sus discursos de ese dramático año de 1936. Vamos a imitarle, aun corriendo el riesgo de incurrir en plagio. Revelan una coherencia rigurosa, lo que nos permite considerarlas como expresión real de una conciencia. El 6 de agosto de dicho año dijo que el Alzamiento era un «resurgimiento de la Patria que se ha levantado contra aquellos que iban socavando los principios de una raza, para repartirse la nación a costa nuestra». Inmediatamente acuña la expresión «levantamiento nacional» para «instaurar una España gloriosa, ordenada, tradicional y honesta» pero no como «un movimiento de clase ni a favor de un partido determinado». Un año más tarde dirá que «la sublevación fue, por parte del pueblo, un acto de legítima defensa; por parte de sus jefes un acto de legítima indignación». Repitió, el 18 de julio de 1937, las mismas palabras que empleara ante las Cortes: «al Ejército no le es lícito sublevarse contra un Partido ni contra una Constitución porque no le gusten, pero tiene el deber de levantarse en armas para defender a la Patria cuando esté en peligro de muerte».

Este lenguaje no es ya el de los pronunciamientos del siglo XIX; se parece mucho al de los revolucionarios americanos de 1776 y algo al de los franceses de 1789. Tampoco oculta, en ningún momento, que, por debajo de palabras rotundas, sonoras e importantes, existe una realidad dramática y dolorosa: los desaciertos acumulados por los políticos –tal es la tesis– habían conducido a los españoles de 1936 a un enfrentamiento con las armas en la mano. Y la meta que se ofrecía estaba ya al final de un camino de espinas, de sangre, de muerte.

II. LOS ARGUMENTOS JURÍDICOS ENCONTRADOS.

1. Es importante, sin duda, el juicio que formula Gil Robles en su libro *No fue posible la paz*: resulta muy difícil llegar a saber a quién alcanza mayor culpa en la destrucción de la República, si a los extremistas que la combatieron o a los moderados que no supieron unirse en su defensa. Este juicio es tardío, está formulado treinta años después y corresponde a un momento en que el famoso dirigente de la CEDA, tras sus conversaciones con Indalecio Prieto, trataba de formar un frente común contra Franco. Pero el 22 de enero de 1937, en declaraciones enviadas al editor del *Universe*, suscitadas por un intento del embajador de la República en Bruselas, Ossorio y Gallardo, de presentar la Guerra Civil española como algo muy diferente de lo que era, empleando la réplica de José Antonio Aguirre al obispo Múgica, todavía en primera fase de la acción[16] argumentaba de muy distinta manera, apoyándose en la doctrina tradicional católica. Los puntos esenciales eran:

– Acción Popular comprendía que la guerra era el medio extremo para defender su causa pero no había tenido otro remedio dada la persecución desatada.

- El Gobierno del Frente Popular carecía de legitimidad de origen, ya que había falseado las elecciones en más de ochenta distritos siendo así que la CEDA había tenido 200.000 votos más que en 1933, y carecía también de legitimidad de ejercicio al quebrantar repetidamente las leyes vigentes.
- El catolicismo está cruelmente perseguido y le asiste el derecho de legítima defensa. «Por eso todos los católicos de España, si omitimos un grupo de vascos, están al lado del Movimiento Nacional».

Respecto a esos vascos, don José María decía lo siguiente:

> «son un ejemplo vivo de cómo la política separatista puede ahogar todo espíritu cristiano. Los separatistas vascos han sostenido frecuentemente la tesis de que han nacido vascos y que sólo por el bautismo llegan a ser cristianos y que por tanto los intereses vascos tienen más peso que los del Cristianismo. El que dude la verdad de esta manifestación de la herejía vasca, no tiene más que leer las obras del fundador del separatismo vasco Sabino Arana Goiri. Así ha ocurrido que los separatistas vascos se han aliado con los comunistas, quemadores de iglesias, asesinos de Obispos, sacerdotes y religiosos y profanadores de aquellas cosas que son sagradas a la Religión. Para aquéllos el separatismo vasco viene primero y el catolicismo, en segundo lugar. Aquí está la explicación de por qué nosotros los católicos desde el primer momento nos hemos aliado enteramente y sin reserva con el actual movimiento militar. Nuestra voluntad estaba completamente libre, seguimos nuestras conciencias».

Este planteamiento coincide, a lo que sabemos, con el que guió en todo momento a Franco. Durante casi cinco años había mantenido su obediencia al Gobierno de la República, colaborando con él en todo lo que le solicitaron, sin mezclarse en política; pero desde marzo de 1936, convencido de que la legitimidad de ejercicio había terminado, y viendo en peligro de muerte las cosas que más quería, se sumó a los que preparaban medios de fuerza capaces de atajar la revolución que se avecinaba. Él, probablemente, nunca se preocupó con exceso de los argumentos jurídicos, aunque sí sabía que era deber del Ejército defender el orden constituido, el cual era destruido a toda prisa. Poco después de la conversación entre Francisco Herrera y Yagüe en Ceuta, Mola informó que efectivamente era Franco el designado para tomar el mando del Ejército de África. Hasta que él llegase todos debían obedecer a Yagüe.[17]

2. Las acusaciones que desde los partidos de la izquierda se formularon después contra el Gobierno, como si hubiera carecido de previsión, también son infundadas.[18] Incapacidad a la hora de tomar decisiones, tal vez; errores muchos, entre ellos el más importante de prescindir casi por completo del Ejército; pero de ninguna manera imprevisión. El Gobierno conocía perfectamente lo que se tramaba: Goded, Mola, Aranda y Franco, habían dicho lo suficiente. Los periódicos aludían constantemente a una posible insurrección. Muchos jefes y oficiales fueron cambiados de destino para quebrar los vínculos que pudieran tener. En la reunión del Consejo de Ministros del 10 de julio, Santiago Casares Quiroga dijo que «la sublevación

militar puede ser inmediata, quizá mañana o pasado»; y añadió que «desde primeros de julio venimos siguiendo la pista a la conspiración».[19] El 16 de julio se cursaron las órdenes a la Flota para que impidiese el paso de las tropas de Marruecos a la Península.

En este caso, ¿no fue un disparate enviar a Mola a Pamplona? Había para ello dos razones plausibles: el republicanismo de Mola le haría chocar con los carlistas, según se esperaba, provocando una fisura; de cualquier modo se trataba de privarle del mando del Ejército de África relegándole a una posición militarmente marginal. Fue nombrado jefe divisionario en Burgos el general Domingo Batet, persona de absoluta confianza del Gobierno, con la misión de sujetarle a disciplina. Batet pidió a Mola palabra de honor de no sublevarse.[20] Los mandos de División, que eran ocho, permanecieron fieles al Gobierno con excepción de Miguel Cabanellas. La ejecución del Alzamiento estuvo a cargo de mandos subalternos y, en algunos casos, de generales sin mando, o en la reserva.

La única región militar que se sublevó completa fue la de Valladolid; las demás se dividieron o permanecieron con el Gobierno.[21] No es erróneo considerar que el golpe militar en su estricto sentido, fracasó; lo que vino a demostrarse más tarde es que el Gobierno carecía de medios para vencer en una guerra civil a pesar de la abrumadora superioridad inicial sobre el papel.

La propaganda inicial del Frente Popular creó entre los suyos una desorientación que, a la larga, resultó perniciosa para la causa que quería servir. Se quiso presentar el alzamiento de julio como una especie de revuelta de militares y burgueses contra el pueblo –ocultando que el pueblo iba a proporcionar más voluntarios a la causa «nacional» que a la suya– acuñando una expresión que durante varios días repitieron los periódicos, «la fracasada intentona militar-fascista». Como una consecuencia lógica, aunque gravemente errónea, se pensó que la disolución de los regimientos entregando a las milicias políticas las armas, era un eficaz antídoto. Las milicias tenían coraje y a veces entusiasmo, pero estaban ayunas de disciplina y de preparación técnica; sólo cuando ya era demasiado tarde pretendieron poner remedio a la situación. Lo mismo sucedió con la Iglesia: Federica Montseny, en Barcelona, se extasiaba ante la generosidad de sus anarquistas que quemaban los conventos. Gil Robles estaba en lo cierto: los católicos no podían estar más que con el Movimiento; quienes intentaron servir a la República tuvieron que renunciar a la misa y a los sacramentos porque no existían.

Es cierto que en los días dramáticos de julio había una división numérica bastante equilibrada y un entusiasmo claro en ambos bandos. Pero las guerras no se ganan sólo con entusiasmo. Las órdenes de Giral interpretadas de acuerdo con las imágenes del film de S.M. Eisenstein, *El acorazado Potemkine*, que estaba entonces en todas las pantallas, proporcionaron al Gobierno la posesión de la Flota, casi completa. Pero una Flota sin oficiales, como se demostró pronto, era un cacharro inútil.

3. Otra cuestión distinta, como ha presentado Sigfredo Hillers,[22] es la de la legalidad. Digámoslo de otro modo. ¿Qué sucedió con las leyes que estaban vigentes en España el 18 de julio? El 14 de abril de 1931 el Comité revolucionario había suspendido, por decreto, todas las leyes vigentes, incluyendo aquellas que amparaban la forma de Estado monárquica –más tarde se declararía al Rey y a su familia «fuera

de la ley»– porque se instauraba una nueva legitimidad republicana, la cual no empezó de hecho a construirse hasta la reunión de las Cortes Constituyentes a partir del mes de julio. Se cumplía así el principio enunciado por Carl Schmitt según el cual ninguna legitimidad puede nacer de otra preexistente. En la advertencia que José Antonio, desde la prisión, hiciera a sus seguidores el 24 de junio, se decía lo mismo: no es aceptable un movimiento militar si sólo se propone cambiar un bando político por otro dentro del mismo sistema y sí en cambio cuando se trata de suprimir una legitimidad caduca para fundar otra nueva.

Los generales que proclamaron el estado de guerra establecieron que todas las leyes, excepto las tradicionales, es decir, anteriores al 14 de abril de 1931, quedaban suspendidas y que el poder pasaba de manos de las autoridades civiles a las militares. El Gobierno de la República no quiso proclamar el «estado de guerra» –lo haría Miaja en Valencia el 23 de enero de 1939, después del abandono de Azaña– precisamente para evitar dicha transmisión. Pero el 25 de julio, en el primer decreto de la Junta de Defensa, presidida por Cabanellas, se explicó que ésta «asume todos los poderes del Estado y representa legítimamente el país ante las potencias extranjeras». Así nacía la nueva legitimidad colegiada, radicada en el Ejército; habría que añadir que desde este momento todas las leyes, salvo la Constitución y sus derivadas, se reconocían como vigentes, lo que incluía los compromisos con el extranjero. Esto fue así hasta tal punto que el nuevo Estado, nacido de esta legitimidad, reconoció incluso las deudas contraídas por el Gobierno de la República, como veremos a su debido tiempo. En la proclama que acompañó a ese primer decreto, la Junta de Defensa señaló tres objetivos inmediatos:

- superar la lucha de clases y no en favor del capitalismo sino de los trabajadores y los pobres;
- olvidar los partidos concretos sumándose todos a una causa puramente nacional; y,
- restablecer la paz y el orden a fin de ir promulgando las leyes necesarias.

En el lado de enfrente, la «completa implosión política de un sistema» acabó con la legitimidad. De las Cortes desapareció la oposición quebrantándose violentamente la «inmunidad parlamentaria»: los políticos de la derecha no podían acudir al Parlamento porque eran presos o asesinados. Desaparecieron en el acto las instituciones y quedó de hecho en suspenso toda legalidad: en vez de Ejército, Milicias de Partido; en vez de tribunales de justicia, comités que decidían perentoriamente acerca de la vida de los ciudadanos. Luis Companys, al día siguiente del fracaso del Alzamiento en Barcelona reconoció ante Pérez Farrás, que él ya no tenía poder alguno: la fuerza estaba en la calle. Lo mismo sucedía en todas partes, donde se constituyeron Comités y Juntas de Defensa. Hubo, pues, a partir de éstas, que establecer una nueva legitimidad; en ella se aceptaba como principio inexorable que la derecha quedaba «fuera de la ley».

En resumen, de la «implosión política» –el término se debe a Stanley G. Payne– producida en julio de 1936 nacieron dos pretensiones de legitimidad distintas, cada una de las cuales reconocía como válido únicamente a un sector de la población. En sus argumentos de propaganda, el Gobierno de Madrid sostendría que él

era el único legítimo como continuador de la situación existente antes del Alzamiento. Pero ese Gobierno, que invocaba una «legitimidad nueva, de 1931 nacida de la ruptura violenta de 1931, estaba compuesto por aquellos mismos que en octubre de 1934 consideraron justo tomar las armas para derribar a la República y, en el lado de enfrente, estaban los que en aquella oportunidad la defendieran eficazmente. Ambos bandos, después del 18 de julio, hablaron de «revolución», *nacional* o *roja*[23] según las respectivas versiones. Algunos, entre los militares, pretendieron que el Alzamiento fuese un retorno, puro y simple, a la «legitimidad» histórica vigente antes del 14 de abril de 1931, pero esta pretensión no prosperó. Como tendremos ocasión de comprobar, ni siquiera el Vaticano estaba dispuesto a volver a ella. Tradicionalistas, falangistas y republicanos de derechas se oponían también, y de ellos se nutría el bando nacional.

4. En el momento de la sublevación ni siquiera se había decidido la forma de Estado, Monarquía o República, que España habría de asumir. Mola, ante las presiones carlistas aceptadas por Sanjurjo había tenido que abandonar su primer proyecto republicano pero durante varios meses, Queipo de Llano siguió cerrando sus famosas charlas radiofónicas a los acordes del Himno de Riego. La primera decisión inequívoca en favor de la Monarquía, el cambio de la bandera tricolor por la bicolor fue tomada unilateralmente por Franco y sus razones tampoco aparecen muy nítidas. Lo que a los militares preocupaba era la inminencia de una revolución marxista: en su carta a Casares Quiroga Franco aludió a los cinco asesores militares del ministro que habían sido nombrados para cambiar todos los mandos del Ejército, de los que dos eran comunistas. Algunos historiadores niegan rotundamente que hubiese el propósito de pasar a la dictadura del proletariado; se trata de una opinión y nada más, pues los discursos y artículos de prensa parecen demostrar lo contrario. En todo caso los generales de la conspiración creyeron firmemente que si no se adelantaban, la revolución estallaría. Ésta se puso en marcha con tanta rapidez que no hay más remedio que admitir que se venía preparando de antemano.

El problema que se plantea en el momento en que se rompe una legitimidad anterior es precisamente el de convertir en operativa la nueva situación. En España esto generó una verdadera carrera contra el tiempo entre los dos bandos, empeñados en conseguir una organización eficaz, militar, económica y administrativa. Los «nacionales», que lograron la unificación en un plazo relativamente corto, lo consiguieron mucho antes que los «frentepopulistas», que tuvieron que sustituir sobre la marcha gran parte de lo inicialmente creado. Este éxito influyó, sin duda, en la victoria final: fueron más las operaciones emprendidas a iniciativa del bando republicano pero todas, excepto tal vez una –Madrid– terminaron en reveses.

Tal situación, que nadie puede negar, ha dado origen a una leyenda: la de que Franco triunfó porque tuvo apoyo extranjero. Los minuciosos trabajos de Salas Larrazábal permiten despejarla de modo radical.[24]

En la práctica el Gobierno de la República recibió más armas, pertrechos y combatientes que sus enemigos.[25] En todo caso ayuda, en el sentido estricto de la palabra, hubo poca puesto que todos los envíos se cobraron: la URSS lo hizo directamente contra los depósitos de oro y los demás, Alemania, Italia, Francia, Gran Bretaña y Holanda mediante un pago en efectivo o contrayendo deudas que, al final,

se pagaron Por ejemplo, lo que aún quedaba sin cobrar por el Gobierno del III Reich fue liquidado a la administración aliada de Alemania después de 1945. Se trata de una cuestión importante ya que la copiosa deuda de guerra, junto con la disipación de las reservas de metales preciosos, fue una carga importante sobre la economía española.

5. Con independencia de las cuestiones jurídicas, que entonces preocupaban poco, España se dividió en dos bandos políticamente irreconciliables que buscaban su recíproca destrucción y encontraban justificada cualquier violencia que les ayudase a conseguirlo. En el republicano los comunistas, que eran al principio pequeña minoría, maniobraron con habilidad y persistencia para adueñarse de los resortes del poder. En el «nacional», que no cuestionaba la existencia de la República[26] aunque sí la del Frente Popular, fue la terca y paciente insistencia de Franco y algunos de sus colaboradores la que consiguió imponer al final la solución monárquica. Los monárquicos de ambas ramas fueron cruelmente perseguidos en la «zona roja»; pero los responsables de ésta no conseguían definir con claridad el movimiento «fascista» que se les oponía: a veces creían que Franco estaba al servicio de la CEDA y de Gil Robles.

El abanico de opciones políticas que el 18 de julio se colocó al servicio del Alzamiento militar es muy variado y, en ciertos casos, escasamente definido: lo que impulsaba en primer lugar a adherirse era el temor a la revolución del Frente Popular. No podía ser de otra manera pues en el territorio dominado desde Madrid los motivos para ser víctima de represalia eran genéricos: eclesiásticos, católicos, propietarios, empresarios y ricos estaban en el punto de mira de los fusiles. Pero, aparte de éstos, estaban los tres grandes sectores que participaron en la conspiración, pudiendo ser considerados como protagonistas. La adhesión de la CEDA ha sido explicada por el propio Gil Robles, aunque los militares no quisieron adquirir compromisos demasiado serios con ella. Luego estaban los monárquicos, divididos de modo irreversible al parecer, en tradicionalistas y alfonsinos ya que los primeros obedeciendo las consignas de Alfonso Carlos consideraban «inaceptable» el compromiso de los segundos con el liberalismo. Y por último estaba Falange Española de las JONS. El movimiento, aunque militar en su origen, no conservó mucho tiempo este carácter: 270.655 voluntarios se sumaron a él encuadrados en milicias políticas que luego se integrarían en el Ejército. Desde muy pronto las tendencias partidistas comenzaron a palidecer: se hablaba sobre todo de salvar a la Patria.

En las directrices enviadas por Mola a los conspiradores se trazaba un plan de golpe de Estado de corte clásico: el dominio de la capital constituía la clave puesto que se pretendía un traspaso de los poderes desde la autoridad civil a la militar. Pero muy pronto hubo el convencimiento –y Franco insistió mucho en ello– de que en Madrid el golpe tenía muchas probabilidades de fracasar: se recomendaba a los responsables replegarse sobre la sierra aguardando la llegada de las columnas de refuerzo. En este caso el papel del Ejército del protectorado de Marruecos, única fuerza de que la República disponía, resultaba decisivo. Franco iba a tomar el mando de esa fuerza: recomendó a sus colegas madrileños que no se encerrasen en los cuarteles donde serían prestamente exterminados sino que saliesen al aire libre a dominar las carreteras de acceso a la capital.

III. GALICIA SALUDA A FRANCIA.

1. El problema, una vez que Yagüe aceptó colocarse a las órdenes de Franco y sólo de él, estaba en disponer del avión que llevase a este último al aeropuerto de Tetuán. Francisco Herrera Oria, con poderes de Mola, llegó a Biarritz el 4 de julio para entrevistarse con los monárquicos allí reunidos, especialmente Ignacio Luca de Tena y el banquero Juan March, que disponía del dinero necesario para pagar el flete. March proporcionó un cheque en blanco.[27] Hubo un primer intento para alquilar el avión en París y, cuando se convenció del fracaso, Ignacio Luca de Tena decidió telefonear a Juan de la Cierva a Londres y también al corresponsal de *ABC* y agregado de prensa Luis Bolín: urgía el tiempo pues el avión encargado de recoger un «viajero importante» tenía que estar en Casablanca el día 11 de julio y no más tarde.[28] Por medio de un comandante inglés retirado se pudo firmar en la tarde del 8 de julio, el flete de un avión de la marca Havilland, clase Dragón, bimotor de siete plazas perteneciente a la compañía Olley Air Service, del que era piloto un capitán, Cecil W.H. Bebb, al que se informó únicamente de que se trataba de un viaje turístico, por África y Canarias, en que participarían Pollard, Bolín y dos señoritas, Diana, hija del comandante Pollard, y su amiga Dorothy Watson. La contraseña dada a Pollard para ponerse en contacto con el médico Luis Gabarda Sitges era: «Galicia saluda a Francia». Y no tenía que preguntar nada más.[29]

Todo iba contra reloj. El avión despegó de Croydon el 11 de julio a las 7:30 de la mañana, pero a causa de una tormenta no pudo cruzar los Pirineos y tuvo que hacer escala en Biarritz y dirigirse al aeródromo de Oporto (Espinho) de modo que no llegó a Casablanca hasta la tarde del 12 de julio; allí habría de permanecer prácticamente un día antes de saltar a Canarias. La noticia, desconocida por los viajeros, era que un teniente de la Guardia de Asalto, José Castillo, instructor de milicias marxistas, había sido asesinado en una de las muchas acciones de represalia. Algunos compañeros del difunto, unidos a pistoleros políticos, decidieron vengar su muerte aquella misma noche. No debe descartarse que el Gobierno tuviera noticia de lo que se preparaba, ya que Gil Robles, alertado desde el Ministerio de la Gobernación, pernoctó fuera de su domicilio. El jefe de la CEDA era probablemente la víctima designada: al no hallarle los policías de uniforme, usando un autobus del cuerpo, provistos de documentación que demostraba se hallaban en acto de servicio, fueron a casa de José Calvo Sotelo, le detuvieron y asesinaron mediante el tiro por la espalda y arrojaron el cadáver a la puerta del cementerio del Este.

La impresión que este suceso causó en toda España fue formidable. Casares Quiroga, de acuerdo con Azaña, suspendió las sesiones de Cortes durante una semana –suspensión que resultó definitiva– asumiendo los poderes correspondientes a un estado «de alarma». Quedó instaurada una Diputación permanente de las Cortes en lugar de éstas. Se designó un tribunal especial y aunque los nombres de quienes participaran en el asesinato eran conocidos, nadie fue detenido ni castigado; de ahí que las muchas personas que acudieron al sepelio de Calvo Sotelo tuvieran la vehemente sospecha de que hasta el presidente del Gobierno estaba de acuerdo en el cumplimiento de las amenazas que contra Calvo Sotelo se profirieran. Algunos falangistas fueron detenidos y, más tarde, asesinados durante la guerra.

Comparar el asesinato del teniente Castillo con el del líder de la oposición tra-

tando de justificar la segunda, parece incorrecto. En primer término porque la venganza nunca es un valor positivo. La muerte de Castillo carece de justificación y correspondía al Gobierno, la policía y los tribunales detener, juzgar y castigar a los culpables. Era una más en la cadena de violencias que Gil Robles denunciara y constituía negligencia e incapacidad del Gobierno el que no se corrigieran debidamente. Pero el asesinato del jefe de la oposición tenía todas las características de un crimen de Estado, ejecutado por policías de uniforme que empleaban su poder oficial con alevosía y nocturnidad. Un Estado que consentía tales cosas y no quería o no podía castigarles había perdido, sin duda, toda legitimidad: cualquier ciudadano podía ser impunemente asesinado. Éste es un dato histórico, no un juicio de valor. El diario socialista *Claridad*, que dirigía Luis Araquistáin, dio la noticia en la página 16 con estas palabras: «Anoche, a las 3 de la madrugada fue sacado de su domicilio y muerto –atención a la palabra– el jefe visible del fascismo y ex ministro de la Dictadura, don José Calvo Sotelo».[30] Una muerte que no es calificada de crimen o de asesinato parece justificada, como consecuencia de ciertas condiciones de la víctima como esa, tan falsa, de ser jefe visible del fascismo.

2. Ya no cabían las vacilaciones.[31] En la noche del 13 al 14 Franco redactó el borrador del manifiesto que iba a publicar y lo entregó a Martínez Fuset y al coronel González Peral; probablemente no creía tan inminente el estallido porque su mujer y su hija tenían pasaje para el barco alemán Waldi que zarpaba el 19. Entre tanto el Dragon Havilland, tras una escala en Cabo Juby llegaba a Gando el mismo día 14 a las 2:40 de la tarde: las autoridades del aeropuerto lo secuestraron porque carecían de antecedentes, y fue por una protesta del cónsul británico como supo Franco que su avión había llegado ya. Pero en la mañana del 14 desde Madrid se había llamado tres veces al inspector médico Gabarda, que había tenido que responder que no tenía noticia alguna de los viajeros.

El testimonio de Elena Medina es importantísimo. Sangróniz escribió una nota con tinta invisible y explicó a la portadora de qué se trataba. El texto «Geografía poco extensa» quería decir que Franco no estaba en condiciones de trasladarse a África.[32] A toda prisa Elena Medina se trasladó a Pamplona y dio cuenta de su misión. Mola dijo: «esperaba esto y me lo figuraba» pero «el movimiento no se puede retrasar ni una fecha a partir del 17» de modo que «si al llegar Vd. a Madrid no hubiera recibido todavía el general Kindelán el telegrama de Franco en el que debe decir que sale inmediatamente para África, entonces Vd. misma, sin ceder el puesto a nadie, va a Ceuta, habla con el teniente coronel Yagüe y le dice lo que ocurre. Si él se atreve a entrar sólo por África entonces no me ponga ningún telegrama. Caso que quiera que le envíe a alguien, le mandaré al general Sanjurjo con Ansaldo y yo entraré solo por Navarra. Entonces Vd. me pone un telegrama con el siguiente texto: "Fiestas animadísimas en Pamplona. Te ruego me digas si tienes sitio. Consuelo"».

Cuando la portadora del mensaje llegó a Madrid, ya estaba allí el telegrama de Franco confirmando la presencia del Dragón. Hugh Pollard dejó a Bebb en Gando y él embarcó en el correíllo, de modo que hasta las 7:30 de la mañana del día 16 no pudo contactar con Gabarda y pronunciar la esperada frase: «Galicia saluda a Francia».[33] El día 16 por ser fiesta de la Virgen del Carmen, celebraba la esposa de Franco su santo, y la Armada a su patrona, un día adecuado para que Giral la pusiera en

estado de alerta. A consecuencia del asesinato de Calvo Sotelo, el Gobierno hubo de convocar la Diputación Permanente de las Cortes y Gil Robles aprovechó la oportunidad para insistir en la tesis de que aquel crimen era tan sólo la culminación de una cadena. Los socialistas que empezaron justificándolo con el criterio de la venganza, acabaron admitiendo una colaboración con el Gobierno para lograr la pacificación. Era jueves; Casares Quiroga pensó que tenía por delante el fin de semana.[34]

3. El Dragón estaba en Gran Canaria y Franco en Tenerife: se planteaba el problema de cómo pasar de una isla a otra sin despertar sospechas ni correr el riesgo de ser detenido. Pensaba realizar un programa de visita a las guarniciones del archipiélago, dando cuenta al Ministerio sin tiempo para que se lo prohibieran. Pero surgió una extrañísima oportunidad: el general Amado Balmes, gobernador militar de Las Palmas y jefe preconizado del Alzamiento, falleció en accidente aquella misma mañana cuando trataba de desencasquillar su pistola. A primera hora de la tarde el subsecretario de Guerra comunicó a Franco la noticia y éste dio cuenta de que iba a asistir al sepelio viajando aquella misma noche. En esta jornada se hizo acompañar por su mujer e hija y por Lorenzo Martínez Fuset. Se pasó aviso secreto al general Orgaz, desterrado en Canarias, porque a él correspondería sustituir a Balmes.

En Santa Cruz de Tenerife quedaba como máximo responsable el coronel González Peral, que tenía copia del manifiesto que debía publicar al iniciarse la sublevación. Al llegar a Las Palmas Franco instaló su despacho en la Comandancia militar, mientras buscaba alojamiento para él y su familia en el hotel de Madrid.[35] Eran las primeras horas de una mañana histórica, la del viernes 17 de julio de 1936: probablemente ignoraba que en aquellos momentos, al otro lado del mar, un impaciente legionario, Joaquín Ríos Capapé, al mando de un Tabor de Regulares, marchaba ya en son de guerra sobre Villa Sanjurjo, en el Sahara, aunque no tuvo necesidad de disparar ni un tiro. Franco visitó la capilla ardiente, dio el pésame a la viuda de Balmes y presidió el funeral a las 11 de la mañana. Las fotografías que publicaron los periódicos nos muestran que se había congregado mucha gente.

Apenas vuelto al despacho recibió la visita del cónsul inglés en Las Palmas: era inaudito, dijo, que los oficiales del aeropuerto, sin dar explicaciones suficientes, tuvieran retenido desde dos días antes un avión civil británico, De Havilland Dragon, contratado por pacíficos turistas. Franco, sin inmutarse, replicó que enseguida iba a ocuparse del asunto y dio la seguridad al cónsul de que en cuanto recibiera el informe cesarían los obstáculos y el avión continuaría su viaje. Luego fue a almorzar al hotel y, en compañía de su familia, permaneció un rato largo en la terraza de un café, como si no tuviera en aquellos momentos nada mejor que hacer salvo disfrutar del suave clima de la isla en el verano.

IV. SIN NOVEDAD EN MARRUECOS, MI GENERAL.

1. La insurrección había comenzado adelantándose a la fecha prevista por Mola, el 19: la alerta dada a la Flota, así como una advertencia hecha al comandante militar de Melilla, Manuel Romerales Quintero, pusieron en alarma a los conspiradores que decidieron anticiparse. Precipitación que costó muy cara a algunos de los compro-

metidos ya que dio al Gobierno casi veinticuatro horas para tomar precauciones. En la tarde del 17 de julio, convencido de que la conjura estaba descubierta y cualquier retraso podía ser fatal, el coronel Darío Gazapo, utilizando la Legión, detuvo a los generales Agustín Gómez Morato y Romerales, adueñándose de la plaza.[36] También el alto comisario, Arturo Álvarez Buylla, quedó prontamente detenido. A las cinco de la tarde, mientras presidía el Consejo de Ministros, Casares Quiroga fue informado de lo que estaba ocurriendo.[37] Se cursaron órdenes para que el movimiento fuera sofocado y Núñez de Prado emprendió, inmediatamente, el viaje a Tetuán. Pero conforme avanzaba la tarde, el Gobierno comprobó que la situación empeoraba y comenzó a adoptar disposiciones para impedir el paso de las tropas de Marruecos a la Península. Esa misma noche se efectuaron sin embargo los dos movimientos más decisivos a favor del Gobierno: Juan Hernández Saravia, con los oficiales de la UMRA, se apoderó del Ministerio de la Guerra y de todos los dispositivos del mando supremo, y el comandante de Infantería de Marina, Ambrosio Ristori, hizo lo mismo con el mando de la Escuadra.[38]

Según recordaba Franco[39] fue a la una de la madrugada del que ya era día 18 cuando se recibió un telegrama del coronel Solans dirigido a él, en que decía, desde Melilla, que el Ejército «levantado en armas contra el Gobierno» tenía en su poder «todos los resortes del mando». El telegrama, cursado a través de la Telefónica, fue conocido también por el gobernador civil de Las Palmas, Boix y Roig, que hasta entonces había estado comunicando a Madrid que la tranquilidad en la isla era completa. A las tres de la madrugada, para evitar ser detenido, Franco se instaló en la Comandancia Militar asumiendo ya el mando. Dio orden de que se publicara en Tenerife el manifiesto que tenía en su poder González Peral, y cursó a las ocho cabezas de División –Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Burgos, Valladolid, La Coruña– y a las Comandancias Militares de Baleares, Melilla, Caballería de Madrid, Cádiz, Málaga, Granada, Córdoba, Almería, Huelva, Badajoz, Salamanca, Cáceres, Vigo, Zamora, El Ferrol, León, Santander, Oviedo, Vitoria, Pamplona, Logroño, Tarragona, Gerona, Alicante, Lérida, Castellón, Murcia, Cartagena, Bilbao, San Sebastián y Mahón, un telegrama que parecía destinado a demostrar que Franco estaba ya a la cabeza del Ejército que iba a decidirlo todo:

> «Gloria al Ejército de África. España sobre todo. Recibid el saludo entusiasta de estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros de la Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor. General Franco».

Yagüe era dueño de Ceuta ya en la tarde del 17 e informó telegráficamente a Tenerife, pero hasta las diez de la mañana del 18 no pudo informar Eduardo Sáez de Buruaga que Sania Ramel, el aeropuerto de Tetuán ya estaba en sus manos. El jalifa de la Zona se puso al lado de los sublevados y todo intento de resistencia se extinguió con facilidad. Desde el Gabinete del ministro de la Guerra pudieron comprobar que cada vez que intentaban ponerse en contacto con las guarniciones, les respondían oficiales sublevados. Gil Robles, que había pasado en San Sebastián la tarde del 17, volvió a cruzar la frontera esperando, desde Biarritz, las noticias que iban llegando. A primera hora del 18 el Gobierno haría pública una nota en Madrid dicien-

do que se había producido en el Protectorado un alzamiento de poca importancia. Pero Francisco Olaya, testigo anarquista, resume la situación en palabras más contundentes: «el 18 de julio nadie mandaba ni obedecía». Comenzaba, pues, la implosión de la República.

2. Aquella noche las guarniciones de Canarias se pusieron en estado de guerra; dos cañoneros surtos en el puerto, Canalejas y Uad Arcila, se les unieron, pero los comandantes de la Guardia Civil y de Asalto en Las Palmas se mantuvieron a las órdenes del gobernador civil que hasta entonces había estado telegrafiando a Madrid que había tranquilidad absoluta. Franco abandonó el hotel, evitando así ser detenido y fue a instalarse, entre las tres y las tres y media de la madrugada, en la Comandancia Militar. Orgaz estaba con él y se hizo cargo del mando directo. La orden declarando el estado de guerra fue cursada de inmediato: al asomar las primeras luces del 18 de julio España supo que había comenzado la guerra. A las 5:15, hora de Canarias –que es una más en la Península– un locutor de Radio Tenerife comenzó a leer el manifiesto que Franco preparara días antes: en él no se hablaba de República o Monarquía, de derechas o izquierdas sino sólo de un «santo amor a España» y de la «anarquía que reina en la mayoría de sus campos y de sus pueblos».[40]

Puesto que Franco llegó a ser luego Jefe de Estado y fundador de una estructura nueva del Estado, es importante para nuestros lectores el análisis de los puntos fundamentales del manifiesto. En él se descubren tres partes y todas están meditadas. Era lo que el general en aquellos momentos pensaba y no se trata aquí de discutir si tenía o no razón:

a. Primero hacía una justificación del acto con palabras equivalentes a las que en otras ocasiones usara: el Ejército, que no puede intervenir en favor de un partido, tiene que hacerlo cuando «es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia». Se había llegado a un punto en que «huelgas revolucionarias de todo orden paralizan la vida de la nación, arruinando y destruyendo sus fuentes naturales de riqueza y creando una situación de hambre que lanzará a la desesperación a los hombres trabajadores». Por otra parte «el Ejército, la Marina y los demás Institutos armados son blanco de los soeces y calumniosos ataques precisamente por aquellos que deben velar por su prestigio». Franco se mostraba así como el defensor del honor e integridad del Ejército que el Gobierno de Madrid trataba de destruir.

b. La segunda parte presentaba un vacío de autoridad que legitimaba el tránsito desde la civil a la militar. «La Constitución, por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total: ni igualdad ante la ley; ni libertad, aherrojada por la tiranía; ni fraternidad cuando el odio y el crimen han sustituido al mutuo respeto; ni unidad de la Patria, amenazada por el desgarramiento territorial, más que por regionalismos, que los propios poderes fomentan; ni integridad y defensa de nuestras fronteras, cuando en el corazón de Epaña se escuchan las emisoras que predican la destrucción y el reparto de nuestro suelo». «Nada contuvo la apetencia de poder: destitución ilegal del moderador (Alcalá Zamora); glorificación de la revolución de Asturias y de la separatista catalana, una y otra quebrantadoras de la Constitución que,

en nombre del pueblo, era el Código fundamental de nuestras instituciones».

c. Había una tercera parte, compuesta por duras palabras y promesas medidas. No parece que Franco estuviera inclinado a utilizar tonos ambiguos ni expresiones edulcoradas: hablaba de una «guerra sin cuartel a los explotadores de la política», y del empleo de «energía en el sostenimiento del orden, que estará en proporción a la magnitud de las exigencias que se ofrezcan». Afirmaba que el alzamiento militar que comenzaba tenía el propósito de hacer «reales en nuestra patria, por primera vez y por este orden, la trilogía de fraternidad, libertad e igualdad». Era deliberado el cambio de posición de las palabras respecto al enunciado de la Revolución francesa. «Justicia e igualdad ante la ley os ofrecemos. Paz y amor entre los españoles. Libertad y fraternidad exenta de libertinaje y tiranía. Trabajo para todos. Justicia social llevada a cabo sin antojos ni violencias. Y una equitativa y progresiva distribución de la riqueza sin poner en peligro la economía española».

3. Aproximadamente diez horas duró la presencia de Francisco Franco al frente del movimiento en Canarias, habiendo situado en la Comandancia de Las Palmas su puesto de mando, mientras en el Gobierno Civil se intentaba organizar la resistencia contando con el apoyo de las fuerzas de Orden Público. Hubo un intento de marcha de los huelguistas del Frente Popular sobre este edificio pero fue dispersado fácilmente con unos pocos disparos. Sin perder en ningún momento la calma, teniendo a su lado al general Orgaz, procedió a establecer contacto con las guarniciones del Archipiélago y con los militares retirados, organizando así la ocupación de todos los edificios públicos. Pudo así comunicar a Yagüe que todo estaba bajo control, aunque la realidad era que todavía grupos izquierdistas operaban en muy diversos puntos provocando tiroteos. A las diez y veinte de la mañana se recibió en Santa Cruz de Tenerife el telegrama de Eduardo Sáez de Buruaga informando que controlaba por su parte el aeropuerto de Tetuán y se podía hacer el viaje.

Una hora más tarde, a las once y media de la mañana, con un pasaporte diplomático que pertenecía a Sangróniz, al que se había cambiado la fotografía, vestido de paisano y afeitado el bigote, Franco abandonaba la Comandancia de Las Palmas, bien escoltado por sus fieles, y embarcaba en el remolcador que debía llevarle a Gando. Por tierra una patrulla en automóvil se había adelantado para ocupar el aeropuerto, en donde Bebb comenzó a calentar motores. Franco subió a bordo del Dragon acompañado por el teniente Antonio Villalobos que tenía mucha experiencia de vuelos sobre Marruecos y se elevó a las dos y media de la tarde. A las cinco los expedicionarios estaban en Agadir, repostando. A las nueve y cuarto de la noche el Dragón tomaba tierra en Casablanca donde aguardaba Luis Bolín; Franco sabía ya en este momento que en Burgos, Zaragoza y Sevilla el Alzamiento había triunfado.[41]

En Madrid, Casares Quiroga, que estaba recibiendo noticias bastante confusas, como corresponde a los momentos iniciales de una sublevación, intentaba tranquilizar los ánimos haciendo que Unión Radio repitiese a intervalos regulares la nota que decía que «el movimiento está exclusivamente circunscripto a determinadas ciudades del Protectorado y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Penín-

sula a tan absurdo empeño».[42] No consiguió nada. Los partidos que formaban el Frente Popular y los sindicatos convocaron a sus afiliados dispuestos a desobedecer al Gobierno: sacaban las armas que tenían y reclamaban la entrega de los arsenales para organizar Milicias. Para no hacerlo, Casares Quiroga presentó al Presidente la dimisión. Azaña hizo un último esfuerzo para detener la catástrofe pidiendo a Martínez Barrio, que formase un Gabinete de coalición capaz de negociar con los rebeldes, pero éste, después de una conversación telefónica con Mola, llegó a la convicción de que no era tiempo de pactos. Los jefes en uno y otro bando marchaban a remolque de los acontecimientos.[43]

Lo mismo pensaban otros políticos consultados, como Miguel Maura. Pasadas las seis de la tarde del 18 de julio Marcelino Domingo, Diego Martínez Barrio, Indalecio Prieto y Largo Caballero acudieron a la sede de la Presidencia, donde estaba reunido el Gobierno. Azaña dice que Largo amenazo al Gobierno con «desencadenar la revolución social» si no se colocaba inmediatamente al lado de las masas.[44] Fue Largo Caballero quien, en aquella reunión, propuso pasar a la táctica de Levidof: declarar la huelga general, disolver al Ejército permitiendo a los soldados volver a sus casas, y armar al pueblo en forma de milicias. Esto era el fin de la República de abril. No quedaba otra salida que la victoria o derrota de la Revolución. Uno de los telegrafistas del Ministerio de Marina, Benjamín Balboa, sintiéndose un nuevo marinero Vakulinchuk, aunque a cubierto de un edificio en Madrid, alertó a las tripulaciones de los barcos induciéndolas a asesinar a sus oficiales para asumir el mando.[45] Esta acción tuvo grandes consecuencias, especialmente desfavorables para los sublevados.

Aquella noche Franco y sus acompañantes la pasaron en un hotel de Casablanca cercano al aeropuerto. Nadie les molestó. Luis Bolín tuvo el privilegio de compartir con él la habitación y recordaba después que en la conversación que sostuvieron, en la noche sin sueño, tres eran las cuestiones que embargaban el ánimo del futuro Generalísimo: sabía que la guerra iba a ser larga y difícil y que el problema de lograr una cierta estabilidad en España no dependía de combinaciones políticas más bien coyunturales sino de que pudiera alcanzarse más justicia social, limando las aristas existentes. También se refirió a la carta a Casares Quiroga, de la que lamentaba no haber tenido respuesta.[46]

A las cuatro de la madrugada del 19 de julio se dio la señal de partida: el mismo taxi que les había llevado al hotel les condujo al aeródromo donde Bebb disponía el avión. Roncaban los motores cuando apareció un grupo de aduaneros y gendarmes que los viajeros sospechaban iban a ponerle dificultades, pero el jefe del aeropuerto da la señal y el avión se eleva. Al cruzar la frontera del protectorado español Franco volvió a vestir de uniforme. Hubo momentos de inquietud cuando el Dragón enfiló la pista de aterrizaje de Sania Ramel. Bebb recuerda que el general estaba muy nervioso hasta que, mirando por la ventanilla descubrió al coronel Eduardo Sáez de Buruaga. «Ahí está el rubito» comentó. Por este apelativo le conocían sus antiguos camaradas de la Academia de Toledo.[47]

Era la mañana del 19 de julio, un domingo en que España se estaba rompiendo en mil pedazos. Detenido el avión en la pista, Sáez de Buruaga se cuadró delante de Franco y pronunció las palabras de ritual: «Sin novedad en Marruecos, mi general». Comenzaba la singladura política más decisiva de la España contemporánea, que iba a durar exactamente treinta y nueve años.

[41] J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra*, pp. 279-289; R. de La Cierva, *Franco*, p. 145.
[42] La más clara y documentada exposición resumida es la de Jaime del Burgo, «De la República y de la conspiración: el requeté de Navarra», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 129-145. La seguimos paso a paso.
[43] J. M. Íbero, *Los requetés navarros en 1936 (Ibidem)*, p. 175.
[44] *Apuntes*, pp. 35-37.
[45] La carta de Sanjurjo a Fal Conde, la conformidad de Mola del 14 de julio y el compromiso del 15 firmado por don Javier y Fal Conde, pub. por F. J. Lizarza, «Cómo se instrumentó el alzamiento de 1936 en Navarra», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 148-150.

Notas al Capítulo 14.

[1] Stanley G. Payne, *La guerra de España*, p. 205.
[2] En esta formación iba Carrero Blanco; había tenido correspondencia epistolar con Franco cuando estaba en París pensionado. R de La Cierva, *Cómo se conocieron Franco y Carrero*, p. 23.
[3] B. Crozier, *op. cit.*, I, pp. 260-261.
[4] *Apuntes*, p. 33.
[5] Las reticencias de Franco respecto a los planes de la conspiración han sido interpretadas como vacilaciones a la hora de entrar en ella. No es correcta esta interpretación. Ver A. González Betes, *op. cit.*, pp. 67-68.
El documento, publicado en el diario *Claridad* del 30 de mayo, muy afecto al Frente Popular, era refutado por éste como una falsificación. ¿Verdaderamente lo era? Franco, al coincidir en el tiempo con las noticias más arriba señaladas, creyó que era cierto y decidió desde entonces aumentar las precauciones de vigilancia en torno a su persona. L. Galinsoaga y F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 196, así lo hacen constar. La guardia personal en Capitanía tuvo que efectuar una noche algunos disparos contra personas desconocidas. En sus *Apuntes* Franco revela que creyó se trataba de un «intento de asalto a la Capitanía».
[6] C. Sánchez Albornoz, *Mi testamento...*, p. 50, da cuenta de una pesimista conversación entre Azaña y sus íntimos colaboradores en el palacio de la Quinta. En ella, al parecer, Giral, mientras su jefe comentaba «ya estamos listos para que nos fusilen» sostuvo la tesis de que para salvar a la República se necesitaba implantar una dictadura. Pero no hay, en este solitario e importante testimonio, otros datos. Por eso no podemos darle más valor que el de un comentario pesimista. Pero es cierto que los partidos situados en la izquierda del espectro político habían comenzado a organizar grupos para la lucha. El Presidente de la República y el del Gobierno reconocían carecer de medios para hacer frente a una situación más difícil cada día.
[7] Para J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.275, la conclusión es bien clara: «a lo largo de los hechos que relato va quedando claro a cuál de estos dos Franciscos (Largo Caballero y Franco) hay que imputar la Guerra Civil; pero también que Azaña, aunque en la primavera de 1936 representase efectivamente el deseo de conciliación, no sólo fue incapaz de conseguirla sino ni tan siquiera de plantear batalla». Abrigo, a título personal, la convicción de que si en aquel momento el Gobierno hubiera recurrido a Franco y a otros militares como él, para que restableciesen el orden, hubiera sido obedecido, pues en estos momentos lo que verdaderamente les importaba era una restauración de la paz interna. Las posibles ambiciones vinieron después.
[8] R. de La Cierva, *Franco*, p. 146.
[9] Para un análisis objetivo de las violencias cometidas desde febrero de 1936 puede verse Salvador de Madariaga, *España*, Barcelona, 1962. El 15 de abril, el secretario del Partido Comunista, José Díaz, uno de los asistentes a la reunión de la Komintern dijo dirigiéndose a Gil Robles que «si se cumple la justicia del pueblo, Su Señoría morirá con los zapatos puestos». Estas palabras fueron borradas del Diario de Sesiones, pero José Díaz en su libro, *Tres años de lucha por el Frente Popular, por la libertad, por la independencia de España*, París, p. 171, las corrobora. Su testimonio es irrebatible.

[10] José María Gil Robles, *Discursos parlamentarios*, Madrid, 1971, p. 592.

[11] Esta amenaza no fue única. El 1 de julio de 1936, al intervenir Calvo Sotelo en el debate acerca de la reforma agraria, aportando datos que demostraban el quebranto económico que iba a producir (un copia del Diario de esta Sesión estaba en poder de Franco), Ángel Galarza dijo: «pensando en Su Señoría encuentro justificado todo, incluso el atentado que le prive de la vida»; esta frase no fue borrada del Acta. Los testimonios recogidos por J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.302-1.304, me parecen irrefutables. La izquierda se había lanzado a combatir al Ejército como institución, sin tener en cuenta que la mayoría de jefes y oficiales no era conspiradora, porque se preparaba a sustituirlo por sus Milicias y no creía pudiera necesitarlo. En los periódicos socialistas se estaba presentando ya las comunas y comités ensayados en Asturias en 1934 como el mejor modo de sustituir el orden republicano. En la carta de Franco que examinamos a continuación subyace una propuesta a Casares Quiroga para que se colocase al lado del Ejército y no en su contra.

[12] Según ese testimonio, Yagüe había contestado: «piense usted, señor ministro, que si antes de tres días no estoy de vuelta en África, los moros vienen por mí». La bravata parece exagerada pero es un hecho que no se efectuó el traslado.

[13] A. González Betes, *op. cit.*, pp. 70-71.

[14] Esta carta ha sido considerada por los biógrafos de Franco, incluyendo a Luis Ramírez (seudónimo), muy contrario al personaje, como una última apelación al Gobierno para que impusiese disciplina desde la legalidad. Pero recientemente Stanley G. Payne, *Politics and Military in Modern Spain*, Stanford University, 1967, p. 314, y Sh. Ben Ami, *op. cit.*, p. 32, formulan otra interpretación, como una especie de movimiento astuto, tratando de eludir responsabilidades si el golpe fracasaba. Pero esta carta no tuvo entonces publicidad alguna, como hubiera debido suceder en este caso, y es congruente con la atmósfera que se respiraba: sólo en el caso de que Franco hubiera decidido permanecer al margen del movimiento tendrían verosimilitud estos argumentos. Pero el texto de la misma, si se lee despacio, convence de lo contrario: era como el anuncio de que se desligaba de las obligaciones de obediencia, porque la destrucción de la Patria y del orden establecido eximen de ella.

[15] La carta fue publicada por R. de La Cierva en la primera edición de su obra sobre *Francisco Franco,* I, p. 430.

[16] El discurso de Aguirre, réplica a la primera carta pastoral de Múgica, tuvo lugar el 22 de diciembre de 1936. Sirvió para que se editase un panfleto, «Los católicos y la guerra civil». En la carta de Gil Robles (*Documentos*, pp.104-110, I) éste se burlaba de que Bergamín u Ossorio y Gallardo se presentasen como católicos, pues no lo eran.

[17] B. Crozier, *op. cit.*, p. 430-431.

[18] Así lo ha explicado ya J. Tusell, *op. cit.*, pp. 316-317.

[19] José Manuel Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1982, pp. 18-20.

[20] Domingo Batet Mestres había mandado la guardia del Presidente de la República y, pese a su actuación en octubre de 1934, estaba considerado como un decidido republicano; era, además, amigo personal de Mola. Recibió el mando de la División de Burgos el 13 de junio de 1936 y desde el primer momento se puso en contacto con su subordinado con quien celebró al menos tres entrevistas en Pamplona, Vitoria e Irache, cerca de Estella, la última precisamente en vísperas de la sublevación. No sabemos si Mola respondió a la demanda que le hizo de no sublevarse; Mola dijo a sus colaboradores, según testimonio de Maíz, que había conseguido burlar todos los esfuerzos de Batet para obtener información acerca de la conjura. Batet fue luego juzgado por un Consejo de Guerra y fusilado en Burgos el 12 de enero de 1937. L. Romero, «18 de julio de 1936. Mola frente a Batet» (*H. y V.*, 3, 1968, p. 125).

[21] Ramón Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, 1980, p. 55 y ss.

[22] S. Hillers, «El alzamiento nacional del 18 de julio: sobre la legitimidad del origen del Régimen de Franco», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 65-94.

[23] Algunas veces vamos a utilizar en este libro el calificativo rojo. Nadie vea en ello un tono peyorativo. En el bando republicano predominaba un sector que prefería referirse a «ejército rojo», «revolución roja» y entendía que ese color era el suyo. El término «republicano» en lenguaje coloquial tenía demasiado color burgués.

[24] En el libro mencionado en nota 21.

[25] En sus ediciones más recientes, Hugh Thomas, *La guerra civil española*, II, Barcelona, 1983, p. 1.040 y ss., acepta la tesis de que fue mayor la ayuda material a la República que a Franco. Sh. Ben Ami, *op. cit.*, p. 23, da menos importancia a los aspectos materiales que al hecho de que el Generalísimo consiguiera imponer criterios de unidad de que carecían sus enemigos.

[26] En la ya mencionada declaración del coronel Carlos Lázaro Muñoz (*Documentos*, p. 33) se incluyen estas palabras: «Una vez en Pamplona, el general Mola le dijo (al declarante)... que el general de División de Zaragoza, don Miguel Cabanellas, le había pedido participar en un Movimiento militar encaminado a que no siguiera derrumbándose España, pero para sostener a políticos de izquierda que no fueran revolucionarios extremistas, tales como Prieto, Azaña y Portela Valladares y que Mola había contestado afirmativamente, pensando en la conveniencia de que por este medio triunfase el Movimiento militar en Zaragoza, una vez conseguido lo cual, las tendencias del general Cabanellas ya serían fácilmente dominadas. También les enteró Mola de que una vez hecho al Alzamiento, sería Jefe del Estado el general Sanjurjo».

[27] Noticias todas confirmadas por Gil Robles, *No fue posible la paz...*, p. 380. Alguna diferencia de matiz en R. de La Cierva, *Franco*, pp. 147-148.

[28] En una entrevista que el 7 de noviembre de 1936 publicó el *New Chronicle*, Bebb dijo que él creía que iba a transportar a un jefe rifeño (H. Thomas, *op. cit.*, I, p. 228, nota 16). Más recientemente la revista *Interviu* de Madrid (1983) ha publicado una entrevista con Bebb, pero sus recuerdos, confusos, resultan poco aprovechables.

[29] L. Bolín, *Años decisivos*, Madrid, 1967, p. 28 y ss., sigue siendo la fuente principal para el minucioso relato de estas jornadas.

[30] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.325.

[31] Diversos testimonios, en especial del hijo de Gabarda y de Franco-Salgado, establecen de manera inequívoca que el futuro Generalísimo dijo «con gran indignación» que «ya no se podía esperar más» y que estaba convencido de la complicidad del Gobierno en el asesinato de Calvo Sotelo. R. de La Cierva, *Franco*, p. 149.

[32] Este telegrama ha sido erróneamente interpretado (Vaca de Osma, *op. cit.*, pp. 110-112) como si fuese una vacilación por parte de Franco o una petición de aplazamiento. Pero el texto «Geografía poco extensa» no fue enviado por Franco sino por los que estaban en Madrid, de modo que el comandante general de Canarias era ajeno a que se hubiese dado a Mola tal noticia. El comunicó, en cambio, poco después, que todo estaba dispuesto e iba a emprender la marcha.

[33] A. González Betes, *op. cit.*, pp. 128-130.

[34] Gil Robles, *Discursos parlamentarios*, p. 626. G. Hills, *Franco*, pp. 227-229, y J. Arrarás, *Segunda República*, IV, pp. 362-364.

[35] G. Hills, *Franco*, pp. 237-238, afirma que Franco había recibido ya el telegrama de Mola, «Elena ha dado a luz un hermoso niño» que significaba que la fecha del Alzamiento sería el día 19. Pero F. Maíz dice que cuando fue a Bayona el día 17 a cursar estos telegramas, supo ya que el Ejército de Marruecos se había sublevado.

[36] No parece que haya habido tampoco resistencia. El mejor trabajo sobre este punto es de Vicente Palacio Atard, «El Gobierno ante la conspiración de 1936», en *Aproximación histórica a la guerra española*, Madrid, 1970.

[37] F. Olaya, *op. cit.*, p. 18, recoge una anécdota que luego circuló entre los republicanos, aunque puede ser falsa. Aparentando tranquilidad, Santiago Casares Quiroga despidió a los ministros diciéndoles que «si los militares se han levantado yo me voy a acostar».

[38] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, p. 22.

[39] Seguimos en esto una nota mecanografiada que dictó el propio Franco años después. Ver también Salvador Fernández Álvarez, *Melilla la primera en el Alzamiento*, Melilla, 1939.

[40] La alocución se publicó íntegra en el diario *Hoy* de Las Palmas, el 21 de julio de 1936. La reproduce Fernando de Valdesoto, *Francisco Franco*, Madrid, 1943, pp. 115-117.

[41] La ocupación de Sevilla, decisiva para el dominio de Andalucía, donde sólo Córdoba, Cádiz y Algeciras habían secundado el Alzamiento es para Hugh Thomas, *La guerra civil*

española, I, pp. 245-247, demostración de lo que la decisión de un solo hombre, en este caso Queipo de Llano, que no tenía mando en la ciudad, era capaz de conseguir.

[42] La nota íntegra en J. Arrarás, *Franco*, pp. 245-246.

[43] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.330.

[44] M. Azaña, *Obras Completas*, IV, p. 714.

[45] Esta acción estuvo a punto de costar a Franco muy cara. Como el barco alemán en que tenían pasaje no zarpaba hasta el 19, su mujer y su hija por consejo de Martínez Fuset embarcaron en el Uad Lau, que fue uno de los pocos barcos que no se sublevó.

[46] L. Bolín, *op. cit.*, p. 62-64.

[47] R. de La Cierva, *Franco*, pp. 154-155.